

## CAPITULO XVI.

### Sobrenatural.

Basta la razon, basta el corazon.

Lo manifestado en el capítulo anterior, referente á lo sobrenatural, debería ser bastante; mas como en torno de éste gira el error más capital de nuestro siglo, y se manifiesta bajo mil formas, será utilísimo investigarlo más á fondo, y examinar algunos otros dichos muy frecuentes.

Que la tendencia universal de la edad presente es excluir en el ejercicio de la religion y en la conducta todo lo que tiene algo de sobrenatural, ninguno hay que no lo vea. Algunos lo hacen sin darse cuenta á sí propios, y sin advertirlo casi; lo dicen otros expresamente, y cuando oyen hablar de culto, de virtudes superiores, y de ejercicios de piedad cristiana, os responden friamente: ¿qué necesidad hay de todo esto? *Basta la razon* para regular nuestro entendimiento; *basta el corazon* para regir nuestros afectos. Y esto para no hablar de los que no sólo aborrecen lo sobrenatural, sino que lo impugnan furiosamente, declarándolo imposible, y proclaman que no hay otra religion que la natural.

Ahora bien: no puede entrar en el fin de este librito combatir á estos últimos, por haber partido siempre del supuesto de que hablo con católicos, los cuales admiten la revelacion. Por otra parte, las razones innumerables que prueban la divinidad de Cristo prueban tambien la verdad de la religion revelada; mas creo deber examinar un poco estos dos principios: *basta la razon, basta el corazon*, porque producen los más crasos errores en que caen hasta muchos que se llaman católicos en nuestros dias: lo adviertan ó no, aquellos dos principios quitan realmente del corazon la fé católica.

I. *No basta, pues, la razon, ni basta el corazon*, para ser católicos, sino que se requiere todo lo que de *sobrenatural* agregó á ella Nuestro Señor Jesucristo. Para entender esto fijad la consideracion en algunas verdades católicas. Es de saber primeramente que Dios, al crear el hombre, no se contentó con señalarle un fin natural, sino que lo elevó á un fin sobrenatural. Llamamos *fin natural* aquel á que puede llegar un sér con las fuerzas que se hallan en su misma naturaleza: así, por ejemplo, fin natural de una planta será germinar, florecer y producir frutos, porque tiene en su constitucion íntima y en su organismo todo lo necesario para lo dicho. Llamamos *fin sobrenatural* aquél á que no puede llegar un sér con solas sus fuerzas naturales, y para conseguir el cual se requiere que Dios le ingiera, por decirlo así, otro principio. Por ejemplo: si Dios quisiera que una planta produjese, no sólo flores y frutos, como hemos dicho ántes, sino que además *hablase y entendiese*, éste sería un fin superior á la naturaleza de la planta, requiriéndose que Dios ingiriese en ella el entendimiento y los órganos del habla.

Esto supuesto, ¿qué hizo Dios al formar el hombre? No se contentó con prefijarle un fin natural, esto es, un fin á que pudiese llegar con las fuerzas que se hallaban en él, sino que, por el contrario, lo elevó á un fin para el cual no bastasen las fuerzas que tenía. El hombre con sus fuerzas hubiera podido elevarse hasta Dios, conocerlo, mas sólo *teóricamente*, y unirse á El, pero sólo por un amor natural: no hubiera podido elevarse á más alto fin, á la manera que aquella planta naturalmente no podía producir sino flores y frutos. Dios, empero, quiso benignamente que fuera ensalzado el hombre hasta la dignidad de contemplarlo *cara á cara, y poseerlo* en la vision beatífica, y que se uniese á El con un amor perfecto, hasta el punto de ser, por decirlo así, transformado en El. Mas ¿qué debia hacer para subir al hombre á tal altura? Debia ingerirle un nuevo principio, mediante el cual fuese capaz de esta operacion tan noble y elevada. Encare-

cer el exceso de bondad que revela en Dios la circunstancia de habernos destinado á un fin tan alto, y la sublimidad á que se levanta el hombre por este fin nobilísimo, sería un asunto maravilloso, pero que nos apartaría de nuestro camino.

Para nuestro propósito conviene saber, en segundo lugar, que pues Dios ha tenido la dignacion de elevarnos á un fin sobrenatural, tenemos la obligacion sagrada de tender á él, porque sólo así podemos evitar la condenacion y conseguir la bienaventuranza. Podria decir alguno que se contenta con llegar al fin natural; mas esto no es posible, porque Dios ha determinado absolutamente que no existiese otra beatitud que la sobrenatural, ó bien la condenacion hasta el punto de que, ó poseeremos á Dios, gozando de su vista claramente, y trasformándonos en El, ó quedaremos privados de El para siempre, y arrojados al abismo eterno.

Es de saber terceramente que así como la planta de que ántes hablamos hubiera necesitado para poder hablar y oír que se le ingiriesen nuevas facultades y los órganos oportunos, nuestra naturaleza, para poder tender al fin sobrenatural que se le propuso, requiere nuevos principios. Estos son: primero, una cualidad que infunde Dios en el alma, que llamamos *gracia santificante*; tras la caída que dió el hombre en Adán, perdiendo por ella el tesoro de esta gracia santificante, requeriase la fé y la esperanza en un Redentor venidero; finalmente, despues que este Redentor vino á la tierra, nos mereció y nos recobró la gracia, requiérese que practiquemos todos los medios que nos propone, como los únicos á propósito para llegar al fin sobrenatural.

Este es el punto que poquísimos entienden muchos cristianos, no obstante ser de la mayor importancia para los que conseguir quieren la salvacion. Es necesaria, pues, en primer lugar, la fé en Jesucristo, nuestro único Redentor y Salvador, por cuyos méritos se nos confieren todas las gracias y todos los auxilios necesarios para la salvacion: dicha fé se nos infunde en el santo bautismo. Es necesario, en segundo lugar, poseer la gracia santificante

que se nos confiere en el propio bautismo; y que despues, por lo que hace á los adultos que por su desventura la pierden, se adquiere de nuevo, por punto general, en el sacramento de la Penitencia. Es necesario, en tercer lugar, seguir las pisadas de Jesucristo, porque Dios ha determinado que nadie pueda salvarse sino imitándole á El; es necesario que los actos buenos y virtuosos que hagamos sean sobrenaturales, ó sea, para hablar más claramente, que partan del principio interior de aquella cualidad infundida en nosotros, que, segun hemos dicho, es la gracia santificante, y que sean hechos por motivos conocidos con la luz de la fé.

Si no se adoptan estos medios, inútil es aguardar nunca conseguir el fin, porque todos los demás no tienen proporcion alguna con el que nos ha sido propuesto. Para continuar con el ejemplo adoptado, aquella planta que debiese, no sólo producir flores y frutos, sino tambien comprender y hablar, ¿lo conseguiria jamás si únicamente pusiera en movimiento los órganos de la vegetación, y no las cualidades mucho más excelentes con que hubiera sido extraordinariamente enriquecida para las mencionadas operaciones? Ciertamente no, porque los órganos de la vegetacion no corresponden al uso de la lengua, ó á la facultad de comprender: pues lo mismo á nosotros nos pasa. La gloria que nos aguarda en la beatitud futura no puede ser efecto sólo de actos naturales. Estos no tienen proporcion con aquélla; es preciso que se ponga en movimiento la gracia, á fin de poder producir actos que sirvan para el fin sobrenatural.

Siendo las cosas así y no dándose salvacion sino por medio de la fé, de la gracia, de la imitacion de Jesucristo y de las obras hechas por motivos sobrenaturales, ¿cómo pueden otros decir que *basta la razon*, que *basta el corazon*, y que no se extienden á ninguna obra que sea sobrenatural?

Que verdaderamente requiérense estos medios, es tan cierto como es cierta la palabra de Dios, y como es cierta toda la economía de la fé cristiana. Negar la necesidad de la gracia santificante y de la

gracia actual es caer en la soberbia herejía de Pelagio, que nunca quiso admitir la doctrina de Cristo, según la cual sin Él nada se puede hacer, ni la del Apóstol, que sostiene que nada es el hombre sin la fé. No conocer la necesidad de la fé para la salvación, es lo mismo que contradecir al Apóstol, que afirma que sin ella es imposible complacer á Dios y á Jesucristo, el cual asegura que se condenarán los que no crean. Que la imitación de Cristo es indispensable para la salvación, lo asegura el Príncipe de los Apóstoles, quien nos enseña que Jesús nos precedió precisamente para que nosotros siguiéramos después sus pisadas; y aquellas palabras de Pablo, según las que ninguno es predestinado, sino es previsto conforme á la imagen del Hijo de Dios. Que se requiere un fin sobrenatural en el bien que hacemos, ¿de qué modo podía enseñarnos más claramente el divino Maestro que haciéndonos saber que los que se proponen un fin terreno, con obtener éste, han logrado ya lo que deseaban y conseguido su merced?

Además, toda la economía de la venida de Cristo, de su predicación, de su vida, de sus ejemplos, de la institución de los Apóstoles, de la fundación de la Iglesia, no hace más que gritar en alta voz que estamos obligados á la vida sobrenatural. Todas las frases tan solemnes de la Santa Escritura, según las que somos llamados á la luz, debemos morir á la naturaleza para renacer á la gracia, no ha de vivir más en nosotros el hombre viejo, sino el nuevo, no ha de triunfar la carne, sino el espíritu, el nuevo Adán ha sepultado al antiguo; todas estas frases de la Santa Escritura, y otras innumerables, significan que no hemos de regirnos sólo con la razón y el corazón, sino también con principios superiores á la primera, y con afectos superiores á los naturales del corazón.

Con tantas razones, juzgo inútil alegar á este propósito la flaqueza de la razón, su insuficiencia para descubrir completamente la verdad, y todos los interminables y gravísimos errores en que han ahondado y ahondan todos los días sus fanáticos

adoradores. Juzgo inútil poner á la vista del lector la fealdad, la doblez, la corrupción de aquel corazón, del cual tanto se vanaglorian algunos. Todos los que reflexionen un poco sobre sí mismos, se convencerán íntimamente de que yerran en gran manera cuantos gritan que *basta la razón* y que *basta el corazón*. Débese decir (porque no todos lo comprenden suficientemente) á qué punto llega la gravedad de este desorden y el daño que causa: yo lo indicaré aquí brevemente, ya para que se conozca mejor, ya para que lo puedan huir más fácilmente los que gusten.

Este inmenso error vicia al cristiano en la misma raíz de la salvación, que es la fé; por cuanto los que creen que basta la razón para salvarse, nunca podrán hacer gran caso de la primera, superior á la segunda. Realmente notamos que no comprenden nada la necesidad de aquélla; que dicen magistralmente que todas las religiones son buenas, y que es suficiente hacer bien; que no diferencian nada el protestante del deísta y del católico; que reducen á un poco de probidad natural toda la esencia de la religión. A pesar de que el Salvador del mundo vino expresamente á la tierra para sembrar la verdadera fé, y de que manifestó que quien no crea será condenado, y que ya está juzgado, no comprenden siquiera cómo es posible hacer tanto caso de este don inefable; sin embargo de que los primeros fieles se dejaban arrancar antes el alma del cuerpo que la fé del corazón, la consideran como una nada que puede desecharse por cualquier vano sofisma ó leve niebla de dificultad.

También lo vicia en orden á la gracia, porque los referidos no piensan que necesitan, si quieren salvarse, conservarla; que debe ser el principio nuevo de sus operaciones en orden á la salvación, y que es la única por la cual pueden ser amigos de Dios y amables á sus ojos. Por eso pasan años enteros sin ella, y tal vez no bien la recobran, arrójala de nuevo: se afligirían inmensamente si hubieran perdido una leve suma de plata ó de oro,

y no sienten siquiera haber perdido el tesoro inmenso que únicamente podía gastarse para conseguir el cielo.

Así como se engañan por lo que hace á la necesidad de la gracia, engañanse relativamente á la necesidad y al uso de los medios precisos para conseguirla y conservarla. No sería creíble si no se viese todos los días en aquellos que están dominados por tal error, el descuido en que viven por lo que hace á todos los indicados medios. Los Sacramentos son los canales ordinarios de la gracia, el Santo Sacrificio y las oraciones la impetran, la divina predicación abre camino para ella, y generalmente todas las prácticas piadosas la fomentan en el corazón; no hay que decir hasta qué punto están olvidados de todo esto. Aun el olvido es nada comparado con la indiferencia con que miran lo dicho. Con el convencimiento que tienen de que basta *la razón y el corazón* para salvarse, no pueden mirar ya todos los medios ántes referidos sino como cosas inútiles ó superfluas. ¡Quiera Dios que no las consideren supersticiosas! Y así como lo piensan, lo dicen dirigiéndose á otros, con los cuales se muestran maravillados de que se haga tanto caso de ellas. He oído más de una vez á personas que no parecían malas, decir con una sangre fría que daba compasión, á los que se mostraban solícitos del uso de todos los medios mencionados: «¿Cómo con tanto ingenio sois víctimas de tales preocupaciones? ¿También vosotros por las iglesias? ¿También vosotros quitando el polvo á los confesionarios? ¿Es posible que Dios se haya de cuidar de todo esto?» ¡Y no sospechaban siquiera que decían los despropósitos más bestiales que se pueden decir!

Este error corrompe despues cuanto hacen, hasta la virtud. Como no reconocen que el bien, si ha de aprovechar para la salvación, se ha de hacer por motivos sobrenaturales, y aún en estado de gracia, á fin de que merezca la vida eterna, así como que las virtudes se deben ejercitar por motivos sobrenaturales, si han de ser cristianas, obran en todo puramente á lo humano, no merecen nada, y pier-

den el tiempo y la obra. ¡Cuánto no han gritado y no se han escandalizado de los celosos que han proscrito su filantropía y hecho lo posible para traerles á la buena senda!

No podían comprender que los sacerdotes impugnasen sus obras filantrópicas de asilos, de casas de huérfanos, de escuelas, de hospicios, etc., etc. ¿Tenían acaso razón para escandalizarse así? Todo lo contrario. Observaban aquellos eclesiásticos que las personas que ensalzaban, promovían y patrocinaban tales obras no tenían el espíritu evangélico, porque muchas veces obraban como incrédulos, libertinos y protestantes, por lo cual comenzaron á sospechar de ellos razonablemente. Quisieron saber los motivos que alegaban en favor de sus obras, y notaron que nada tenían que los levantase sobre lo humano, lamentándose de que ni entre los cristianos hallasen la bondad sobrenatural. Veían, en una palabra, que no se hacía bien al hombre por su condición de hijo de Dios, por estar redimido por Jesucristo, por ser la imagen del Altísimo, por habérnoslo recomendado y prescrito el Salvador, que son los verdaderos motivos de la caridad sobrenatural, sino que se le hacía bien únicamente por ser semejante á nosotros, por humana compasión y benevolencia, por aquel natural gusto que se experimenta haciendo bien á otros; motivos todos que, si bien no se pueden llamar malos, por ser naturales solamente, no son á propósito para conseguir la vida eterna; por esto esforzábanse de todas maneras y con la mayor caridad para sugerir otros motivos más sólidamente útiles al alma y honrosos para Jesucristo; mas ¿quién ha podido hacer penetrar nunca la verdad á los ilusos que desconocen lo sobrenatural?

Semejantemente (para decirlo aquí de paso) reprendían la caridad ejercitada con bailes, con tertulias, con representaciones teatrales y demás cosas parecidas. ¿Quién no ha oído á los mundanos gritar contra los que no aprobaban tales medios de socorrer al prójimo? Y sin embargo, quien conoce la necesidad de hacer obras sobrenaturales para

conseguir la vida eterna, ¿podrá nunca negar que la reprension era justísima? Quien comprenda que hacer limosna cristianamente no es echar un trozo de pan á un pobre para librarse del fastidio de tenerlo cerca, ni desprenderse de alguna cosa para satisfacer un sentimiento natural de compasion, sino ciertamente dar como se daría á Jesucristo en persona un socorro; quien comprenda, repito, esto, ¿no verá súbitamente cuánta formalidad, por no decir reverencia interior, se requiere para este acto, y no comprenderá en seguida la gran inconveniencia de hacerlo con un baile, con una bagatela, con una diversion?

La negacion de lo sobrenatural daña y destruye todos los principios evangélicos. Aun ántes de que Jesucristo viniese al mundo, habia virtudes naturales, lo cual no se puede poner en duda, so pena de inferir un insulto á toda la naturaleza humana, y de reputar falsas todas las historias. Sin embargo de esto, como no bastaban para la salvacion, vino Jesucristo á traer á la tierra principios completamente nuevos, nuevas máximas, nuevas doctrinas, á las cuales no llegaba la naturaleza. Ahora bien: es preciso que desconozcan todas estas divinas enseñanzas los que niegan lo sobrenatural.

Enseñaba la razon á hacer bien y amar á los amigos, incluso los paganos, como lo advirtió el divino Maestro; mas Jesus, «os digo, añadió, que hagais bien aun á los que os hacen mal y os persiguen, á fin de que seais dignos hijos de aquel Padre celeste, que hace salir el sol sobre los buenos y sobre los malos.» La razon del hombre llegaba tambien al punto de aconsejar la modestia en medio del mérito y de las alabanzas, siendo ésta la mayor perfeccion á que sabía elevarse; mas Jesucristo, yendo mucho más allá, condujo al hombre hasta la humildad y el desprecio de sí propio. La razon del hombre llegaba igualmente al extremo de aconsejar el uso honrado de los bienes de la tierra; y si tal vez añadía que no se procurase la posesion de bienes desmesurados, era para sustituir á éstos una cantidad tal, que mientras ayudase con lo sufi-

ciente, no diese cuidados excesivos con lo supérfluo; mas Jesucristo introdujo en la tierra el amor á la pobreza, tan aborrecida hasta entónces, llámola bienaventurada, y la declaró fuente de todos los bienes. La razon humana no conoció en el uso de los deleites de la naturaleza otro límite que lo supérfluo y lo ilícito (aun estos límites conociólos mal, y los traspasó); Jesucristo enseñó á privarse hasta de lo lícito, proclamando bienaventurado el lloro y bienaventuradas las lágrimas del afligido. Fué la templanza en el uso de los bienes el único dictámen de la razon: Jesucristo añadió la mortificacion y la penitencia, con todos sus azotes y rigores. En una palabra: la razon inclinaba á las virtudes, pero sólo por los motivos que conocia; á la justicia por la rectitud natural, á la continencia para conservar la santidad, á la beneficencia por la satisfaccion que produce, etc., etc.; mientras que Jesucristo, revelando nuevas virtudes, manifestó nuevas razones para practicarlas, ó sea la imitacion del Padre celestial, la conformidad con su Redentor y modelo, la perfeccion interna del hombre, y la adquisicion de una inmarcesible corona; todos verdaderos y santos motivos de conducta. Quien desconoce lo sobrenatural, aniquila todos estos conocimientos proporcionados por Jesucristo.

Desconoce, por último, el fin y la naturaleza de la Iglesia santa. El más admirable descubrimiento de la sabiduría divina ha sido éste; haber ordenado Dios en una sociedad universal á todos los hombres, y haber provisto á todos por este medio de cuanto les era indispensable para conseguir la eterna beatitud. Ahora bien: no sólo no puede pertenecer á esta sociedad aquel que desconoce lo sobrenatural, sino que ni puede divisarla. Porque si es externa y visible en su reunion y jerarquía, es completamente sobrenatural en sus propiedades interiores. Sobrenatural en el fin que se propone, porque no es terrestre aquel á donde dirige todos sus miembros; y sobrenatural en los medios que emplea, consistiendo en la aplicacion de los méritos y de las satisfacciones de Cristo, con los Sacramentos, las

oraciones, las indulgencias y los sacrificios. Es sobrenatural en su Cabeza, porque está revestida de una autoridad inmediata por Jesucristo, Jefe invisible; es sobrenatural en las relaciones que la estrechan, que son la fé y la caridad; es sobrenatural en sus leyes, porque están sancionadas inmediatamente ó mediatamente por Dios; es sobrenatural en sus esperanzas, porque ansía y se promete bienes que ojos humanos no vieron, ni oídos oyeron, ni entraron en el corazón de hombre alguno; es sobrenatural en sí misma, por cuanto el espíritu de Dios la forma, y la asistencia de Cristo la rige y vivifica. ¿Cómo puede, pues, conocer la Iglesia quien desconozca lo sobrenatural? ¿Cómo puede salvarse aquel que desconoce á la Iglesia?

Por esto, si se quiere restringir ahora todo en pocas palabras, hé aquí á lo que viene á parar aquel dicho: *¿qué necesidad hay de tanto sobrenatural? Basta la razon, basta el corazón.* Conduce á renegar completamente de Jesucristo, de su fé, de su doctrina, de su Iglesia, y á volver á los hombres á lo que eran ántes de su venida, con toda su impotencia para conocer á Dios, con toda su corrupción y podredumbre en los vicios, con toda su imposibilidad para salvarse nunca. Si esto no basta para que un católico se horrorice de aquel axioma, confieso que ignoro qué más se pueda decir.

El más admirable descubrimiento de la sabiduría divina ha sido éste: haber ordenado á los hombres una sociedad universal á todos los hombres, y haber provisto á todos por este medio de cuanto les era indispensable para conseguir la eterna beatitud. Ahora bien, no sólo no puede pertenecer á esta sociedad aquel que desconoce lo sobrenatural, sino que ni puede dividirse. Porque si es exterior y visible en su reunión y territorial, es completa mente sobrenatural en sus propiedades interiores. Sobrenatural en el fin que se propone, porque no es terrestre aquel á donde dirige todos sus fines, y sobrenatural en los medios que emplea consistiendo en la aplicación de los misterios y de las instituciones de Cristo, con los sacramentos, las

## CAPÍTULO XVII.

## Milagros.

- I. Los milagros son imposibles.—II. Ya no se hacen milagros.—  
III. Magnetismo: mesas parlantes.—IV. Es imposible conocer si un hecho es ó no milagro.

Los milagros son la prueba más espléndida que la religion ofrece en su favor; prueba que habla á los sábios no ménos que á los ignorantes, y prueba que comprenden hasta los de pobre inteligencia. No es, por tanto, maravilla que se haya impugnado muy frecuentemente por los incrédulos, y que se haya hecho muchas veces irrisión de ella; mas quien considere un poco despacio las razones con que se combate, verá claramente que no consiguen su objeto.

I. Dicen en primer lugar algunos que *los milagros son imposibles*. A un sofista que negaba la posibilidad del movimiento y que defendía esta simpleza suya con infinitas razones, un antiguo no dió más respuesta que la siguiente: Tomóle por el brazo, le hizo dar una vuelta por todo el salón donde disputaba, y le preguntó despues: «¿Es posible el movimiento?» Pues una cosa semejante podremos decir en nuestro caso. ¿Hay milagros? ¿Están probados con todo rigor? Si los hay, son posibles: esta contestacion no admite réplica. Esta observacion primera puede reforzarse con otra de inmenso peso. Si los milagros son imposibles, no lo son sino por envolver una repugnancia intrínseca. Ahora bien. ¿A qué vienen á parar todas las Escrituras antiguas y todos los Evangelios, que cuentan tantos hechos por Jesucristo y los Apóstoles, si nos refieren como verdades hechos imposibles, por ser intrínsecamente repugnantes? Todo el Evangelio, y por consiguiente todo el Cristianismo, con todas